

Florencio Sevilla Arroyo (1956-2020)

JOSÉ LUIS EUGERCIOS ARRIERO
JUAN CEREZO SOLER

«Pasaba por allí alguien parecido a Florencio Sevilla»
(Teodosio Fernández sobre el *Quijote*, en Alcázar de San Juan, julio de 2015)

De esas leyendas apócrifas que necesariamente acompañaban a alguien como Florencio Sevilla, una resultó no serlo: en efecto, durante su juventud se había empleado como albañil. Y no debió de ser de los malos, a juzgar por el mimo, ese cuidado casi artesanal, con que trataba los textos. En los últimos tiempos le dio con más fuerza por eso que llaman bibliografía material, y quizás nadie mejor que él para meterse a escudriñar el trabajo de los cajistas, sus recursos y trampas, buscando reconstruir el proceso exacto por el que un manuscrito se convierte en texto impreso. Véase “su” *Quijote*, sobre el que volvemos más abajo, a sabiendas de que no aprobaría el posesivo que entrecomillamos porque para él no había más *Quijote* que el de Cervantes. El caso es que, decíamos, le dio por la cosa material, y uno no puede dejar de recordar cómo exprimía, a la manera de moderno cajista también él, todas las posibilidades del Word – «sabiendo, se puede hacer de todo», decía – cuando preparaba alguna edición, y jugaba con los márgenes y espacios para mimar la forma tanto como mimaba el contenido: tan pulcro era con lo uno y con lo otro, tantas vueltas les daba, hasta tal punto respetaba y dignificaba la palabra escrita, ya propia o ajena. Lo suyo era un trabajo erudito y artesanal a partes iguales. Alguna vez lo vimos indignarse porque, salida de imprenta cierta edición a su cuidado, le parecía que el papel no estaba a la altura de su esfuerzo y desvelos pero, ante todo, del texto y de su autor. Como editor, como crítico, como profesor, nunca pretendió ponerse por delante de ellos, antes bien todo lo contrario, y se empeñó con todas sus fuerzas en que nadie lo hiciera, fuera alumno o académico. Aunque se sentía especialmente cómodo con los primeros.



Durante los últimos veinte años Florencio fue el primer contacto con la literatura española para quienes se matriculaban en Hispánicas en la Autónoma: Literatura Española I se llamaba su asignatura, la de medieval. Raro sería el alumno que entrase en la carrera por las jarchas o el Cid, y menos por ese *Libro del Buen Amor* del que tantos profesores que en el mundo han sido decían que estaba justamente por debajo del *Quijote*; pero ninguno de quienes cursaron medieval con Floro Sevilla habrá olvidado aquella clase, la segunda del curso solía ser, sobre la trova cazurra de Juan Ruiz. Repartía la fotocopia, arrancaba diciendo algo así como: «vamos a ver si sabéis leer»; y, pasada la hora, a todo el mundo le había quedado claro de qué iba el asunto. El curso era distinto cada año, alguna lectura obligatoria cambiaba, se actualizaba; pero aquella clase y aquella fotocopia lo abrían siempre, y en octubre no era extraño encontrarse en el Cercanías con algún alumno suyo subrayándola, buscando los sinónimos más insólitos para “panadera”, “salvado” o “marfuz”.

La dicha asignatura de medieval le dio fama de iconoclasta, de profesor de esos empeñados en llevar la contraria por sistema a lo establecido, cuando no era tan así ni de lejos. Algo contribuyó cierta cita que circulaba por ahí y que por un tiempo apareció en alguna de esas páginas de estudiantes donde se cuelgan apuntes y anécdotas: «Olvídense de lo que ha escrito» tal crítico, le atribuían allí. Bueno, parecido lo dijo, y lo cierto es que no era crítico sino crítica que goza, por cierto, de excelente salud. Como fuera, a alguno de quienes la repetían se les pasaba por alto que antes de olvidar, si es que era ese el verbo, es preciso haber leído, del mismo modo que Nicolás Guillén recomendaba a los jóvenes poetas aprender a hacer sonetos antes de ponerse a deshacerlos. Y es que cada clase suya era una incitación constante a la lectura de las obras, sí, pero también de lo que otros habían dicho antes, no fuera que nadie se perdiese tratando de descubrir mediterráneos. De ahí que, provocador como solo los verdaderos tímidos saben serlo, desmontase sin piedad al alumno que aventuraba la interpretación más peregrina de cualquier pasaje buscando un guiño cómplice que no siempre llegaba; para templar después el asunto explicándole, literal, que para hacer una ventana primero había que poner ladrillos por debajo. Sabía de lo que hablaba.

Y se dirá que a qué viene reducir, si vale el término, la semblanza del mejor editor que haya conocido Cervantes y más agudo lector de la picaresca a unos pocos recuerdos deslavazados de sus clases de primero: pues a que



en Floro Sevilla, como amar y hacer versos todo es uno, docencia e investigación integraban a partes iguales un modo de comprender la Filología, en caja alta y entendida como un ejercicio integral e íntegro. Su disponibilidad constante era la muestra de su entrega profesional y personal, respondía los correos, atendía la circunstancia particular de cada uno. Quería a sus alumnos, aunque tan a su manera y con tal pudor que incluso cuando a alguno le regalaba un libro, cosa no tan infrecuente, lo hacía con un «toma esto» que dejaba al interfecto en la incómoda duda de no saber si tenía que devolvérselo. Que le hacían polvo si le quitaban las clases, solía repetir. Tan solo una cosa más diremos de ellas, por no agotar el anecdotario, y es esa pregunta, no siempre retórica, que mediaba entre la lectura de algún fragmento y su explicación: «¿Qué es lo que está pasando aquí?». A darle respuesta consagró su tarea docente e investigadora.

Recientemente distinguía Carreira, en memoria de Jammes, entre quienes vivían de cortar lonchas al jamón de su tesis y quienes, por el contrario, le iban añadiendo capas. Florencio fue de los segundos: se doctoró, bajo la tutela de Antonio Rey Hazas, a quien le unía una amistad entrañable, con una edición del *Alonso*, y terminó publicando la picaresca entera. Unos años antes había editado, por primera vez y junto al propio Antonio Rey, la obra completa de Cervantes. A ello, que por sí solo habría bastado para consagrar su nombre entre las primeras espadas de la filología española, habrá que sumar un buen puñado de trabajos académicos sobre literatura medieval y del Siglo de Oro. No son tantos como hoy se estila ni resulta siempre fácil su acceso: Floro perteneció a esa generación que, mucho antes de las agencias y las evaluaciones de calidad, escribía todavía más por placer que por obligación, sin otra exigencia que la propia y ajena a toda fiebre curricular, al paio de cuartiles, métricas, índices e impactos. Si le comentaban cuánto había publicado algún recién doctorado, encogía los hombros sorprendido y decía aquello tan suyo de que «artículos buenos, uno al año, dos en el mejor de los casos». Los de él no siempre se encuentran en las revistas mejor posicionadas, sino que dio algunas de sus mejores páginas a publicaciones de segunda o tercera fila, a menudo por encargo y guiado más por criterios de amistad y homenaje que de rentabilidad académica. Impagables resultan los de carácter más técnico que dedicó a cómo editar —y cómo no hacerlo— las obras de Cervantes. No hace tanto, alguien le preguntaba por uno de ellos y no lo ubicaba: «Pues no me acuerdo, tú, sería

en lo de la medalla a Antonio Rey, pero yo qué sé». Lo interesante es que Florencio no se fue, en su lapsus, a las mejores revistas o a sus trabajos más citados, sino al homenaje a un amigo, y participó en unos cuantos.

En Floro, como en Cervantes a su modo, la vida y la literatura se ensamblaban de tal manera que no siempre era fácil distinguir dónde terminaba cada una. Hasta tal punto encarnó el magisterio cervantino. Quiso siempre a sus alumnos, pero también a sus colegas de departamento. A los que se dejaron querer, al menos. Pasear con Florencio por los pasillos de la facultad era no dar tres pasos seguidos sin que le parasen profesores y administrativos para ponerse al día con él. Su relación con ellos no se limitó a lo estrictamente laboral, y para él nunca fueron tanto colegas de oficio con los que mantener una fría cordialidad profesional como verdaderos amigos. Aún se habla por las rampas de la UAM de los años en que andaba dirigiendo el seminario Edad de Oro, cita ineludible para todo el que estuviera interesado en la literatura áurea y donde alumnos, doctorandos y especialistas de todos los niveles le pudieron conocer en las distancias cortas. Floro se te acercaba sigiloso, enjuto de carnes como era, te daba una palmada en la espalda — a veces con bastante fuerza — y tú ya sabías que era él. Abría la cartera y te invitaba a desayunar. Cuando fumaba, y fumaba mucho, nunca lo hacía solo. Alumnos de todos los cursos de Hispánicas vieron en estos seminarios, entre Madrid y Cuenca, cómo Floro les llamaba por su nombre, retenía sus caras y memorizaba sus apellidos. Intervenia personalmente en la más mínima contingencia. Agradecía y no ocultaba su emoción cuando la sala se le llenaba de oyentes, matriculados o no, para escuchar las ponencias que con tanto mimo programaba: «no solo os leéis el *Guzmán* si os lo pido, sino que venís a las charlas. Chico, me dejáis sin palabras».

Se vino a dedicar durante los últimos años a la bibliografía material, acaso una de las disciplinas más áridas y menos glamurosas de todo el terreno filológico: «Cuando hablas de bibliografía material te miran como diciendo ‘de dónde ha salido este tío’». Al Floro más artesano y meticuloso, al manitas aficionado a la mecánica, al que se nos perdía por cualquier trabajo de tipo manual, se le abrió la bibliografía material como un espacio infinito del que, en una de sus últimas intervenciones en público reconocía, con humildad no impostada, saber cada día menos. No se entiende su aportación como



editor, con especial atención a Cervantes, sin conocer antes su obsesión por desentrañar al detalle todo el proceso de impresión manual. Como *magis amica veritas*, se empeñó en invitar a la XXVIII edición de Edad de Oro, bajo el título de *Imprenta manual y edición de textos áureos*, nada menos que a Francisco Rico, con quien había mantenido aquel sonado rifirrafe a finales de los noventa, porque quería a los mejores en cada campo. Allí, quien estuviera presente lo recordará, Rico jugó a ser Rico, cigarrillo incluido, mientras que Florencio se comportó como el caballero que era. Por cierto que el académico no se dignó a enviar el texto de su ponencia.

De eso que llamamos rifirrafe, y que habría tenido su gracia de haber mediado hombría de bien por ambas partes, se escribió ya lo suyo, y ahí quedan en la hemeroteca de *Babelia* aquellos artículos cruzados que le dieron bombo. Merece la pena recordar que, un año antes de que Francisco Rico abriera fuego, Florencio había publicado dos trabajos sobre la edición de las obras de Cervantes. Allí celebraba la proximidad de la que se traía entre manos el profesor Rico y no escatimaba la loa: amor, bien se ve, no siempre con amor se paga. Valga la nota para ilustrar cómo Florencio no vio en la edición del *Quijote* una competencia de egos ni ventas, tentación esta que pocos habrían podido resistir, ni se consideró nunca dueño del texto cervantino. La acometió con reverencia contenida y equilibrada, que no acrítica, no buscando otra cosa que rescatar la versión más cercana a la voluntad del autor. No reconoció más autoridad que esa. De ahí que le asaltasen los escrúpulos cuando tocaba entrar a corregir el testimonio primero de la *princeps*, y desconfiase de lo que llamaba correctismo. No quería un *Quijote* de autor, sino el de Cervantes, y lo mismo con el resto de textos que editó; hasta se diría que pensaba de quienes hacían pagar al texto sus ocurrencias más o menos ingeniosas aquello mismo que le espetó a algún alumno: «Eso que dices es más ingenioso que cierto». Su ingenio, que lo tenía y mucho, su vasta erudición, su estilo delicioso, lo puso no al propio servicio, sino al de la obra. Le reprochaba Rico haberse limitado a copiar a la letra la *princeps* cuando Florencio, cuya autoridad aceptaba en cuanto primer testimonio, buscó siempre un equilibrio cabal entre el respeto a la fuente y la enmienda justificada. Justificada, claro, desde la voluntad del autor primero. ¿Cómo llegar hasta ella? Tratando de reconstruir el salto del manuscrito al molde; cosa que hizo, en la que fue quizás la más brillante de sus aportaciones, a través de eso que llamó la “cuenta del impreso” — a

falta de un original— para descubrir las estratagemas del cajista y, con ellas, muchas de las anomalías presentes en el libro. «He contado uno a uno todos los caracteres del *Quijote*», decía sin asomo de vanidad, «casi acabo de los nervios». Y lo había hecho, guiado sin duda por ese mimo artesanal y cuidado extremo que, lejos de ser licencia, definieron su quehacer filológico hasta el final de sus días.

Con Florencio, más que con cualquier otro, uno hubiera querido que las cosas humanas sí fuesen eternas, especialmente las vidas de los hombres, pero no lo son. El 16 de diciembre de 2020 llegó su fin y acabamiento, de golpe y porrazo, habría dicho él; cuando menos lo pensaba y por no tener privilegio del cielo, que diría Cervantes. Le arraigó la calentura, que algo más de seis días en cama sí le tuvo y, en fin, que entre lágrimas de todos los que allí se hallaron, terminó dando el espíritu: quiero decir que se murió. Se nos fue así, discretamente y sin avisar, el maestro generoso, el que se donó por completo, sin reservas, en aulas y despachos; el investigador honesto, el que solo publicó cuando había algo que decir y que, quizá por eso, publicó tan poco y tan bien; y el editor meticuloso, el que se desveló por que a Cervantes no le faltara —o le sobrara— ni una sola coma. Se nos fue el bueno de Floro, y aún nos parece verle encorvado, mirando al soslayo, con ese hablar trabajoso tan suyo y despidiéndose de todos como solía hacer al final de cualquiera de sus asignaturas: «Bueno, pues yo ahora me voy y aquí no ha pasado nada».

